

## CAPITULO XXVIII.

*Consideraciones sobre el alma.—Signos del alma.*

En el estudio de la organización del hombre, considerando la naturaleza, la estructura de cada uno de los órganos, así como también las funciones que éstos ejercen, se va pasando en revista maravilla tras maravilla; si se fija la atención en uno de los órganos de los sentidos, se abisma uno al deducir de la magnífica perfección con la cual está formado en relación con el fin para el cual fué destinado, al pensar en la previsión tan sabia de Dios y mientras consideramos este prodigio entre los demás que constituyen al hombre, nos parece no ser posible encontrar con que se le iguale en lo bueno; pero si se admira esta maravilla como singular en su excelencia, no tardamos en encontrar otra primorosa obra maestra, cuya consideración hace elevar la Inteligencia hasta admirar la grandeza de la Sabiduría y del Poder del Creador. Se llama extraordinaria la cualidad de bondad de una cosa que es superior á otras muchas é incomparable por ser singular en su cualidad. Pero en la conformación, estructura y propiedad para funcionar conforme con su destino cada elemento, cada tejido, cada órgano, cada aparato del cuerpo humano, es un prodigio que no es extraordinario, porque son muchos; pero en lo particular cada uno es inmejorable; y sin embargo, ninguno vale lo que el alma, dueña y señora de todo el conjunto de los órganos que componen el cuerpo humano, ¿y cómo no había de serlo si es imagen y semejanza de Dios?

Por ser semejante á Dios, el hombre es la criatura más preciosa del Universo visible. Lo que vale el alma del hombre, Dios solo lo sabe, y que es mucho, lo prueba el privilegio (graciosamente concedido por la Divina Bondad, no por mérito), que tuvo de ser indultado respecto de la pena que por el mismo pecado de soberbia rebelión que cometió desobedeciendo á Dios y querer ser igual á El, merecía Luzbel y los demás ángeles prevaricadores. El per-

dón que espontáneamente fué ofrecido en la hora en la cual el culpable podría haber sido precipitado al abismo, se ofreció mediante el sacrificio cruento de un Hombre-Dios que había de cargar la culpa original y todos los demás pecados que los hombres ingratos habían de cometer desde entonces hasta el fin del mundo. El Hombre inocente y santísimo, puesto que había de ser Jesucristo, Hijo de Dios y Dios como su Padre Eterno, debía tener alma como la tienen los demás hombres, aunque tenía que ser singularmente ennoblecida en virtud de la unión hipostática y de la unción del Espíritu Santo. Si en el Sábado Santo se dice que la culpa es feliz porque mereció tal Redentor, se dice verdaderamente del hombre pecador, que fué rescatado por un tesoro incalculable: los méritos y sangre preciosísima de nuestro Hermano Jesucristo.

Si el alma ya podría considerarse preciosa por haber sido criado el hombre por Dios Padre, por Dios Hijo y por Dios Espíritu Santo, y como Dios Trino y Uno infundió en el cuerpo formado el espíritu criado en el momento de la animación por el soplo divino, el alma es obra de Dios y de mucha más alta estima debe ser para el hombre, cuando fué ennoblecido al haberse hecho hombre el Hijo de Dios y ante el Hombre Dios, hermano nuestro, el mayor de los serafines se humilla adorándole y amándole con el ardor sublime en que están encendidos esos espíritus angélicos.

¿Cómo no debemos querer á nuestras almas si ellas son tan amadas de Dios? Tan amadas fueron las almas de nuestros primeros padres, que al ver su rebeldía é ingratitud se movió nuestro Dios con inmensa caridad: el Hijo Dios como su Padre Eterno se ofreció para tomar junto con la naturaleza de hombre la carga de los pecados innumerables de todos los hombres, y al ofrecerse se constituyó sacerdote y hostia sacrosanta, para que por medio de su sangre derramada en la Pasión, el esclavo del pecado fuera redimido. Considerando los incontables é incomparables tormentos que antes y durante el sublime sacrificio sufrió el Redentor, vemos que fueron unas pruebas tremendas del amor de Jesucristo por las almas; pero entre todos los dolores sufridos por el Inocente Hombre Dios, el mayor fué, sin duda, el que le produjo la ingratitud de los materialistas, que al mismo tiempo que los veía en su meditación en la hora de la oración en el Huerto de los Olivos,

preferir ser vil materia á confesarse hijos de Dios y renegar de Él, unirse á Satanás imitándole en la mofa que hace de la Santa Religión. No obstante el dolor y horror que estos horribles pecados le causaron, no se arrepintió de haberse entregado al sacrificio, y rogó también por los materialistas. ¡Cuán bueno ha sido y es Dios para los hombres! Los que tenemos la dicha de creer en Dios le estamos agradecidos por habernos animado con un espíritu inmortal y de tanta preeminencia, debemos apreciar con todo nuestro corazón el grandísimo beneficio que recibimos desde el instante de nuestra creación, al ser constituidos por cuerpo y alma y al hacernos herederos del reino que fundó con inmensos dolores Nuestro Señor Jesucristo, y por tanto es obligación nuestra de primera importancia, hacer cuanto podamos por nuestra alma aun castigando nuestro cuerpo y reduciéndolo á servidumbre como lo hacía San Pablo, pues por nosotros padeció el Señor, así alcanzaremos la eterna felicidad de que participará el mismo cuerpo después de la resurrección con las dotes gloriosas.

El alma no se ve, y únicamente por esta circunstancia los materialistas niegan ese principio espiritual, y para hacerse más ligero el peso del remordimiento que les viene por rechazar la nobleza del linaje del hombre, buscan en la anatomía y en la fisiología comparadas, todo lo que en su concepto prueba la ausencia del espíritu en el hombre y la capacidad de la substancia cerebral para ejercer las funciones de las facultades del entendimiento, la memoria y la voluntad: y una vez que se piensa haber encontrado la graduación de la potencia facultativa que empezando por los animales inferiores asciende hasta llegar á la perfección del hombre, dando por resultado el que con aire de triunfo establecen la relación entre la masa cerebral y la capacidad intelectual, para deducir que la Razón no es consecuencia de la presencia del alma en el cuerpo humano, sino que proviene de la energía desarrollada en las células nerviosas de las regiones anteriores del encéfalo, cuyos elementos relacionados unos con otros forman los centros de asociación. Los que están convencidos de tener alma no niegan la verdad de esas acerciones, pero no por esto se ciegan con las deslumbrantes y fatuas conclusiones que el materialista deduce de las premisas que expone la ciencia, porque armada la fe que los

creyentes tienen respecto de la existencia del alma en el cuerpo humano, con la certidumbre que se tiene de que hay Dios, quien ha hecho todas las cosas, que á cada una le dió cualidades propias para cumplir con el fin á que está destinada, consideramos por tanto, que en la tierra el hombre es la criatura privilegiada á la cual sirven las otras criaturas y tiene poder de aprovechar para sus necesidades y para su gusto todas las cosas. El hombre es el dueño de todo lo contenido en el planeta que habitamos y de todas las criaturas que gozan de vida; él es el único que sabe apreciar con inteligencia las cualidades de las cosas y de los medios que le rodean, y si en la tierra todos los seres vivos fueron irracionales, no alcanza la imaginación á entender cuál habría sido la conveniencia para los fines que se propuso Dios al crear la población de la tierra; no necesitando el Señor de nada de lo que aquí existe, es seguro que lo que nos rodea se ha destinado para el único que por su inteligencia ha de saber apreciar para aprovechar las cualidades de lo que está á su alcance y encaminarlo al mismo Dios, fin último de todas las cosas.

La tierra sin el hombre, tal cual es, hubiera sido como la luz sin que hubiera ojos que la percibieran. Pero con todo y ser dueño el hombre de la tierra, siendo sólo materia inteligente, sería el más infeliz de los seres organizados, apesar de el dominio que sobre ellos tiene, porque teniendo facultad para conocer y sentir que la felicidad en la tierra no es completa, que mientras se vive, los dolores y las penas superan en cantidad y en número á los placeres, que los días malos son más que los buenos, que las ilusiones y las esperanzas son tristemente disipadas, casi siempre con la realidad de las decepciones, que unos más, otros menos, los hombres derraman lágrimas por lo que se está sufriendo, y se padece aún en medio de la dicha por la consideración del mal que puede venir, si no tuviera el hombre la conciencia de que no ha sido destinado para disolverse su materia después de la muerte al terminarse el corto período de la vida. Tristísima y miserable sería la condición del señor de la Tierra en comparación de los seres organizados que no piensan, si no tuviera una alma inmortal, que esperando, no siente con tanta intensidad los males que le afligen; aquellos están contentos sin preocupación por el porvenir cuando están

gozando, el hombre tiene en medio de la dicha la perspectiva del padecer; el animal está conforme con el alimento, el racional tiene siempre la aspiración á la mejoría, sin cuidado por la familia ni por las cosas, los brutos tampoco sufren penas morales, que casi siempre son más intensas que los dolores físicos, y el hombre que todo lo vence, todo lo domina, es incapaz de librarse de los padecimientos que son propios del espíritu que en él reside; mas si los irracionales sufren incalculablemente menos que el racional, porque ellos sólo sienten el dolor que sufren ocasionado por causas exteriores, pasado el tiempo de su pena quedan tranquilos y dispuestos á disfrutar los beneficios que les proporciona la naturaleza; al hombre, en compensación de todos sus dolores físicos le ha dado Dios un presente que bien apreciado es de un valor tan grande, que supera en grado incomparable á lo que pesan las penas de la vida, ese don es la virtud de la santa esperanza fundada en que Dios es Verdad, en que Dios es Bondad, en que Dios es Amor y así Dios verdadero dice: que el hombre tiene alma: que Dios bueno ha derramado sangre preciosísima para redimir al hombre: que Dios amante quiere salvar á este mismo hombre, y para este fin le proporciona los medios necesarios que bien aprovechados hacen vivir eternamente.

Como en la vida, mayor es el número de los dolores que de los goces, toda la amargura del padecer tan continuamente se pasa, aun más, se acepta con satisfacción como prueba y como medio de purificación, si el hombre no degradándose, es decir, no negando su alma, espera en Dios, porque así viene la paciencia que suaviza el sufrimiento por acerbo que sea, y si la humildad y la sumisión á Dios fortalecen la santa esperanza, el siervo se siente dichoso, felicísimo, tanto más cuanto que sabe que mientras mayor es la tribulación bien y santamente sufrida, más cerca está Dios del que padece.

El alma no se ve ni se toca; pero es tan considerable la importancia de los signos que dá de su presencia, que solamente los ingratos desconocen el principio espiritual que los anima, porque ciegos, sugestionados por el enemigo de las almas, se aturden con la perfección de la organización. La fe que se tiene en Dios es el primero de esos signos: creer que Dios ha creado todas las cosas y ver que son buenas. En consecuencia el hombre debe ser un com-

puesto de alma y de cuerpo, puesto que teniendo todas las obras del Señor la marca de la perfección, perfecto es el hombre animado por el alma é imperfecto sería si solamente fuera materia; en la creencia que se tiene de que hay un Dios creador; está incluida la fe con la cual creemos también en su omnipotencia y bondad, por cuyo motivo es de necesidad conceder que lo que habría detenido á Dios crear el alma hubiera sido que ella fuera un principio nocivo para la criatura humana; mas como no se comprende en qué ó por qué habría de ser un mal para el hombre el tener alma, pues al contrario, se siente ser un bien que ella exista; así es, que no se encuentra razón que convenza, que repugnó á la Omnipotencia divina animar espiritualmente á la criatura racional, permítaseme esta redundancia. La esperanza que ningún hombre por infeliz que se considere deja de tener, es otro de los signos de la presencia del espíritu en cada uno de nosotros; la muerte que todos temen porque es el fin de un bien, la vida, porque es el principio de la disolución de nuestro cuerpo y porque es terrible, se nos hace menos horrorosa su aproximación por tener esperanza, esperanza de un cambio de nuestro modo de ser, es decir: que no hay quien no sienta íntimamente que el morir no es concluir definitivamente, sino empezar una nueva vida, y se espera esto de mejorar en nuestra condición por la muerte, porque con excepción de unos centenares de impíos, millares de hombres han esperado y esperan en Dios, y creer en Dios es creer que tiene alma el hombre que espera. El Padre de la Misericordia ha prometido premiar en la vida eterna al inocente y al pecador arrepentido y humilde: esperar en este valle de lágrimas, es estar convencido el que en Dios confía de que la muerte es tránsito del padecer al gozar; es tener la certidumbre de que las virtudes, así como las lágrimas de contrición, no se pierden en la gusanera y la podredumbre del sepulcro; esperar es creer en las palabras de Jesucristo cuando dijo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos y humildes, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos ve-

rán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.» Si todo esto lo ha prometido quien bien sabe cumplir, es prueba de que tanta dicha solo corresponde á lo inmortal, y como Dios no es mentira, es cierto que hay alma en cada hombre para el cual se refieren las promesas de la bienaventuranza. La caridad es el tercer signo que demuestra que se tiene por primer principio en nuestra naturaleza á el alma. La caridad es virtud que no sería posible poseerla, sin espíritu que nos animará, y ella es la condición *sine qua non* para la salvación. Amar á Dios, al prójimo, así mismo no hay quien pueda negar que sea bueno, y por tanto útil; la caridad, es de cir, el verdadero amor puro, ardiente, no es producida por sustancia material, ni encendida por fluido nervioso: nace del espíritu, que únicamente es quien sea capaz de aceptar el sufrimiento que proviene del amor por el que uno padece, por lo que otro padece, que en muchos llega á ser un sacrificio, una mortificación de la carne, obedeciendo al espíritu para ofrecerse puro á Dios y para hacer bien al hermano en Jesucristo, sea amigo ó enemigo. Nunca hacer el bien amando á Dios y al prójimo trae mal al hombre, al contrario, mientras más grande es la caridad mayor provecho obtiene el espíritu, y entonces se hace más semejante á Dios que ha amado tanto al hombre, que derramó su sangre preciosa para redimirnos. «Pero te perdonarán mis ojos, porque tu alma fué preciosa delante de mí, para que conocieras mi amor y fueras siempre agradecido á mis beneficios.» (Kempis. «Imitación de Cristo» Lib. 3.º cap. XIII).

Las tres virtudes, fe, esperanza y caridad son practicadas en el mundo solamente por el hombre, porque fuera de él, ninguno de los seres que gozan de la vida puede tenerlos, porque carecen de razón. Creer, esperar y amar, es bueno, útil y dulce hacerlo: negar á el alma es negar á Dios, y esto es imposible para quien piensa rectamente; desesperar, es decir: creer que la muerte aniquila completamente al hombre, es, sin embargo, esperar una repugnante postrimería, ¡lanada! ¡Qué espectáculo! que no quieres que muera tu nombre en la memoria de los tuyos, que desees que no te olvide la historia y no te importa desaparecer para siempre esparciéndose tus elementos des-

pués de tu muerte! ¡No ser, después de haber sido capaz de trasladarse por medio del pensamiento hasta llegar á donde está Dios autor de todo lo grande y hermoso; después de haber podido hacerse el dueño y Señor de la Naturaleza, puesto que con su inteligencia y con los recursos que ha sabido proporcionarse, analiza los astros más distantes, hace lo que quiere con la energía que conmoviendo al Eter produce la luz, la electricidad y el calor, que ha conseguido ver al través de los cuerpos opacos.... No ser, después de haber ascendido por el trabajo y la inteligencia hasta donde han llegado las ciencias y las artes, para caer al espirar en el abismo de la nada! ¡Ah! No, si todo eso de que ha sido capaz el hombre de alcanzar, es la demostración de la existencia en él de un espíritu que es imagen y semejanza del Todopoderoso y por eso el poder del hombre ha sido tan grande. Sin ser inmenso como es el Señor, lo imita hasta donde S. M. lo permite. Y después de elevarse tanto se había de disolver el hombre en la oscuridad de la nada? ¡Qué degradación tan horrible y tan despreciable aceptan los materialistas!

---

## CAPITULO XXIX.

*Continúa el asunto del anterior.*

Es aborrecerse negar á su alma: por eso la ira, la desesperación ó el suicidio siguen á la tribulaciones y á los dolores en muchos de los que no creen; mientras que la mansedumbre, la paciencia y la esperanza mitigan y también endulzan las penas de los que creen y entonces es cuando se manifiesta nuestra naturaleza espiritual, pues únicamente por el alma que tenemos, podemos resistir á la fuerza del dolor moral, que es más tremendo en muchas circunstancias de la vida, que los mayores padecimientos del cuerpo; y el alma hace que séamos inquebrantables ante la tribulación porque el espíritu es invulnerable, aunque sufra, porque tiene la propiedad de ser inmuta-